



de las manos y brazos, y no pierdas mas que en aplicares, hablar con propiedad, y hacerse suave de condicior. Basta, basta por hoy, despidete.

VISITA TERCERA.

A JESUCRISTO EN LA CRUZ.

¡Tú por mi amor de un leño suspendido!
 Tú, que tienes por trono el firmamento,
 Haber desde tan alto descendido
 A dar así tu postrimer aliento!

Tú sufrir resignado de esa suerte
 Tanta y tan honda y tan amarga herida;
 Y tú, ¡del mundo recibir la muerte,
 Cuando veniste al mundo á dar la vida!

¡Tú rasgados los miembros soberanos;
 Tú escupido á la faz cándida y pura,
 Y al hombre ver clavándole las manos;
 Esas manos, gran Dios, de que es hechura!

¡Tú, que animas el rayo y das el trueno,
 Así espiras entre amarguras tantas
 Por un gusano, de miseria lleno,
 Que no vale ni el polvo de tus plantas!

¡Tú, por mi amor, en fin, tan humillado!!!
 ¡Aun á ofenderte, Santo Dios, me atrevo,
 Cuando yo nada á tí, nada te he dado,
 Y cuando tanto á tí, tanto te debo!

¡Miserable de mí! Mas los enojos
 Depon, Señor, del rostro esclarecido;
 Que ya cansados de llorar los ojos,
 Vuelvo al pié de la cruz arrepentido.



*Anor meus crucifixus est.
Mi amor clavado en la cruz.*

Vuelvo, Señor, á demandar tu gracia;
 Vuelvo, Señor, como al pastor la oveja;
 Porque el dolor en tan cruel desgracia
 Ni aun aire ya que respirar me deja.
 Vuelvo, trayendo el corazón doliente,
 Lleno de contrición, de luto lleno,
 Y ante tus plantas á inclinar la frente,
 Con la profunda devoción del bueno.
 ¡Escucha, pues, mi voz! Yo no soy digno
 De hallar, Señor, tu voluntad propicia;
 Mas suplé tú mis méritos, benigno,
 Y juzgue tu bondad, no tu justicia.
 Cruz sagrada
 Dulce leño,
 Do mi dueño
 Fijo está!
 Signo celeste y radiante,
 Donde mi Jesus amante,
 Sangre y vida
 Por mí dá!
 Yo me postro ante tí, yo te adoro,
 Yo mis culpas y crímenes lloro,
 Yo en tí mi tesoro
 Veré solo ya.
 Recibe las pías
 Que humilde te envío,
 Llorando el desvío
 Que te hice otras veces,
 Y vos, clavos bellos,
 Que dais mil destellos
 De gloria y de luz,
 Clavadme con mi amado:
 ¡Clavadme con mi Dios crucificado,
 Y acabe mi vida muriendo en la cruz!

Maestra. Señoritas, en pié, que viene la señora Directora.
Directora. Hoy vengo tan temprano, para cer-

ciorarme por mí misma de la puntualidad con que asisten vds. á la Amiga.

Maestra. Alguna que otra vez se tardan un poquito; pero ni es mucho, ni son muchas.

Directora. Todo me llena de la mayor satisfaccion. Ayer la tuve muy grande con Luisita, al ver como nos convenció de todo en la disputa que tuvimos, y los *tapabocas* que daba á su hermano tan oportunamente y con tanta gracia.

Luisa. Recien venido, todo era monadas y un continuo tormento; á nuestros señores padres los trataba como á unos iguales suyos.

Severa. ¿Era tambien de los de el *tus, tus*?

Luisa. ¡Cómo si era! . . . Decia que se les habia de tratar con toda franqueza, y que hasta ahora no se les habia tenido cariño llamádoles de *usted*.

Maestra. Si hubiera dicho que hasta ahora nunca se les habia tratado con tan poco respeto y tanta desvergüenza, hubiera dicho una verdad y hablado mas acertadamente.

Luisa. Pues él dice lo contrario, y que hasta al mismo Dios se le trata de *tú*.

Maestra. Eso es querer confundirlo todo y que se venga á parar en un desprecio de toda superioridad; si el mismo Dios habitara visiblemente

entre nosotros, y no lo impidiera su infinita magestad y grandeza, al tercer día de tratarle así empezaria el desprecio. Ademas, que la palabra *tú* de que en latin, y sin ser latin usamos con Dios, va siempre acompañada de la palabra *Señor*, que la ennoblece y recuerda su soberanía é infinita superioridad; quitado en el tratamiento y en todo lo demas el órden gerárquico entre nosotros, brevemente vendriamos á parar en una completa insubordinacion y en no querer nadie sujetarse ni obedecer á otro.

Rector. Así se lo temieron los introductores de estos lenguajes y tales franquezas, cuando en el convíte en que de esto trataban no pudieron menos de advertirse, y decirse los unos á los otros: *Cuidado no lo oigan los criados que nos asisten; pues si llegan á entenderlo, corre peligro nos hagan levantar de la mesa, se sienten ellos, y hagan que nosotros á la fuerza les sirvamos.*

Luisa. Pues él á todas horas nos molía con *franqueza, franqueza*; aunque hiciera la cosa disparatada y fuera de lo regular. Todo era manías: por fuerza tambien, que habiamos de decir *papá y mamá*, cosa que mis señores padres lo repugnan, porque dicen que en casa todo ha de ser á lo español castizo.

Maestra. Hacen bien, bendita sea su boca; pues tenemos nosotros las tiernas, amorosas y sonoras voces de *padre y madre*, que en gracia, belleza y cariño exceden á las equivalentes de las otras lenguas, aun inclusa la latina.

Luisa. Lo mismo sucede con todo lo demas: es cosa que haciendo ó diciendo algo á lo mexicano, inmediatamente empieza á hacer ascos sin dejar de hacer burla.

Maestra. Eso es mas comun de lo que parece. Yo no se en qué consiste, que los extranjeros no se hartan de ponderar cualquiera cosa suya, aunque sea la mas insignificante; y entre nosotros, se vuelven tantos contra su madre patria, posponiéndola, despreciándola, y desacreditándola con la mayor desfachatez y mengua nuestra. Todo es imitar aquellos, y despreciar lo nuestro: harto mejor seria que fuéramos mexicanos puros y netos, que no monos de extranjeros. No se verian ciertamente tan corrompidas nuestras costumbres, ni tan exhaustas nuestras bolsas: interin sigamos siendo monos, siempre seguiremos siendo de otros y viviremos á merced agena.

Rector. En hora buena, señorita, que en todo aquello en que los extranjeros nos aventajan, tratáramos de imitarlos y apreciáramos justamen-

te sus excelencias; pero que en todo se anteponga lo extraño á lo del reino, y sin mas que por ser de México se desprecie, es cosa que no puede sufrirse.

Maestra. Ese es un vicio muy comun, que ciertamente nos acarrea los mayores perjuicios, y nos priva de los mayores intereses: por lo que hace entre nosotras, tambien está el gusto muy desarreglado en esta parte.

Rector. Me aseguró un comerciante, amigo mio, haberle sucedido varias veces, que despreciando ciertas señoritas el género por ser de nuestras fábricas, sin mas que recoger la pieza, y sacar otra de la misma clase diciendo que era de París, no se hartaban de ponderarla, en términos, que si no hubiera sido por perjudicar su conciencia, aunque hubiese pedido un peso mas en vara, se lo hubieran pagado con mucho gusto.

Directora. Pues lo mismo sucede en todo lo demas; comer, beber, dormir, andar, todo ha de ser á lo extranjero.

Luisa. Ese es el empeño que trae en casa mi Sr. hermanito; si nos recogemos un poco despues de comer, dice, que nos podiamos ir con eso á otra parte, que bien se habian de reir de nosotras; y hasta á nuestro Sr. padre cuando va á echarse un

poquito la siesta, le dice en tono de burla, que si va á la noche del día.

Maestra. Eso es propiamente desnaturalizarse: ¿qué cosa más justa y natural que el apreciar y gustarnos mas que todo nuestras cosas?

Luisa. Pues á él no le gusta nada de eso; todo ha de ser frances, ingles, turco ó moro, con tal que no sea mexicano. Hasta las horas hubo que mudarlas para librarnos de camorras; de suerte que nos acostamos á la una de la noche; tenemos que levantarnos á las diez de la mañana; comemos á las cuatro de la tarde; cenamos á las tantas de la noche; de suerte que los días de ayuno nos quedamos sin hacerlo alguna vez por no quebrantar el precepto: y lo que sentimos mas que todo, es que no tenemos lugar para ir á las funciones de iglesia, ni oír un sermón, ni asistir . . .

Maestra. Todo lo que es consiguiente á invertir el órden natural, haciendo del día noche, y de la noche día, formándole distinto de como Dios le crió.

Severa. A mi madre podía ir con esas; lo mismo es amanecer y oír que nos rebullimos, ya está con la tarea de, arriba muchachas, que *el cuarto enemigo del alma es estar sin dormir en la cama.*

Luisa. Pues todavía no está contento; dice que para bien ser, y seguir la moda rigurosa, debíamos almorzar á la hora de comer; comer á la hora de cenar; cenar á la madrugada, y levantarnos al medio día.

Maestra. Trocándolo todo, y formando un nuevo reloj.

Justa. Dice el P. D. Juan, que no anda bien el reloj que no anda con el sol.

Maestra. Dice bien, y nosotros tampoco andaremos, ni tendremos día para nada, si no arreglamos, cuanto ser pueda, nuestras operaciones á su mañana y tarde, que es como Dios le formó.

Rector. ¡Qué disparate, señorita! Eso es vivir muy á lo antiguo. Vd. crea, que todas esas no son mas que preocupaciones y antiguallas, consiguiente á no haber visto otra cosa desde que nacimos. En hora buena que el sol gire como Dios le mandó, y el día siga con su mañanita y tarde como él mismo le formó, y dijo que le habia grandísimamente parecido; pero por lo que hace á nosotros no se compone esto bien con el actual órden de cosas; ese es mucho resplandor: vd. no dude que tanta claridad es perjudicial á la vista; y para bien ser, debería igualarse la balanza en esta parte, jubilando para nosotros el sol cuanto ser

podiese, valiéndonos de otro suplente: en otras partes apenas le conocen para nada. Ahí tiene vd. la luna que al cabo es una señorita, y en mi sentir sería muy para ello: sus miradas serian menos nocivas, mas compasivas y graciosas, quedando todos tan gustosos y bien servidos....

Maestra. ¿Dónde va vd. á parar, señor Rector? ¿Trata vd. de dejarnos á oscuras y que andemos entre gallos y media noche, quedando todos á la luna de Valencia? Vaya, que hoy viene vd. para ellas. ¿Cómo está vd. tan irónico, y aun fuera de su natural grave carácter?

Rector. ¿Cómo quiere vd. que esté, señorita, al tocarse unos puntos que representan tan al vivo lo destornillado de nuestras cabezas, el prurito de sacar todas las cosas de quicio, volverlas patas arriba, y poner todo nuestro empeño en hacerlas de un modo opuesto al natural, y como Dios las determinó! Este es el fuerte de nuestra ilustracion, y esa la moda de nuestros dias.

Luisa. Y esa misma es la tarea que trae mi hermano: así debia hacerse todo, para que estuviese bien hecho segun su modo de pensar.

Maestra. En una palabra, hacerlo todo al revés, enmendando á Dios la plana, trocándolo todo, viviendo de noche, durmiendo de dia, como

si fuéramos murciélagos ó lechuzas sentenciados á no poder ver el sol mas que algunos instantes, y siempre privados de su mayor belleza al dorar nuestro horizonte.

Negrta. Mozuelos y rechulas son aveturnias.

Clarita. Dice la negrita que los mochuelos y las lechuzas son aves noturnas.

Maestra. Nocturnas, nocturnas: hablen vds. con propiedad en todo. Pero diga vd., Luisita, ¿y cómo se compone él para guardar los dias de ayuno, no comer carnes en dias prohibidos, y...?

Luisa. Señorita, todo eso lo tiene él por antiguallas; él no distingue de dias, ni de manjares; lo mismo es para él el viernes, que el jueves, y un conejo que una sardina en los dias de abstinencia: allí no hay diferencia en nada.

Maestra. En una palabra, eso es echar por el atajo, para llegar cuanto antes á los infiernos, y tener los preceptos de nuestra Santa Madre Iglesia por unos trampantojos, que á nada ó á nadie obligan mas que, como dice esa clase de gentes, á gente antigua, chocha y rancia. ¿Y de misa qué tenemos? ¿Asiste al Santo Sacrificio?

Luisa. A misa va, señorita; pero mas valiera....

Severa. Yo le he visto algunas veces en San

Francisco, junto á la pila del agua bendita, antes de saber que era hermano de Luisa.

Pepita. A ese le ví yo tambien un dia en la Encarnacion en misa de diez junto al altar, con un espejuelo mirando hácia la gente.

Directora. ¿Es corto de vista?

Luisa. No tiene nada de eso, señorita, sino que todo se le vuelve picardias y monadas. Otras veces se coloca en la puerta de la iglesia, como si estuviese de centinela, para tomar la filiacion á las niñas que entran y salen del templo. Válgale S. Pedro... que á no ser así, que un viernes santo hubiera acabado su existencia, no en manos de judíos, que entre nosotros no los hay, sino en las manos de los léperos, que le vieron en el atrio de la iglesia del Señor de Santa Teresa, burlarse de los que entraban á adorar al Señor en su sepulcro. Las piernas le valieron, que si lo agarran, no sé lo que le hubiera sucedido.

Directora. Ya veo que tendrán vds. con él muchos y muy malos ratos.

Luisa. Nadie sabe lo que hemos padecido. Si nos poníamos á comer, hasta los garbanzos queria comerlos con el cuchillo; si le gustaba un bocado empezaba á decir *san-fason*, *san-fason*, le echaba mano aunque estuviese al lado de padre, y se lo

comia. Ya un dia se enfadó, y le dijo: como vuelvas á nombrar ese santo cuando comas conmigo, cara te ha de costar su fiesta.

Directora. Me alegrara estar por un lado viendo el papel que representa su padre de vd., segun que es eminentemente mexicano, en esas representaciones teatrales.

Luisa. Ya lo puede vd. conocer, señorita. Un dia, que mas bien porque le dejara en paz que por otra cosa, se puso á hacer la prueba de comer con el cuchillo, permitiendo Dios se lastimara un labio, si no se agacha y huye el cuerpo, le quita los hocicos de la guantada que le tiró.

Directora. Muger, eso ya toca en paso de tragedia.

Luisa. Pues si no fuera por lo muy sufridos y prudentes que son mis señores padres, á cada instante hubiera algunos de esos; basta que entren en casa algunas personas conocidas, y empiecen á saludarnos diciendo, como es regular, Dios guarde á vds., tengan vds. buenos dias, como han pasado vds. la noche, ú otras espresiones de esa clase, para que empiece á sonreirse, haciendo burla y dejándonos á todos avergonzados.

Directora. ¿Qué lejos estamos ya de aquella gravedad de nuestros padres que formaba nuestro

distintivo carácter! Se conoce está bastante pervertido.

Luisa. No tiene un pensamiento bueno, señorita: no sabe vd. lo malo que se ha hecho desde que se marchó.

Directora. ¿Pues de qué espresiones mas cultas se vale él en semejantes saludos?

Luisa. Señorita, él no habla mas que un mudo; todo lo compone con meneos de cabeza, coces, corcovos y monadas; lo demas dice que son palabras y gazmoñerías: tenemos tambien la desgracia de no haberle oido todavía nombrar á Dios ni á María Santísima.

Directora. ¿Quién piensa en eso? Para esa clase de personas no hay mas Dios ni Santa María que *la suerte, el genio, la casualidad, el hado ó la fortuna*; cosas que no huelan á lo de por allá.

Luisa. Sobre ese particular no puede ser mas que lo que sucedió la otra mañana. Estábamos todavía recogidas, y de que pregunté á mi señora madre á qué tocarian unas cajas que sonaban, nada mas que porque dijo serian las Ave Marías de los soldados, al instante saltó desde su alcoba muy enfadado diciendo: que Ave Marías ni que tonterías, la diana, la diana, no empecemos ya con beaterías.

Directora. ¿Y cuando está enfermo, no clama ni se encomienda?

Luisa. Hasta ahora, gracias á Dios, no ha estado enfermo de cuidado, ni ha tenido dolores que le aflijan; pero dice que si llega á tenerlos y no se le quitan breve, se los quita él con tirarse un. . . . Dice que el suicidio es el remedio de todos los males.

Directora. ¡Oh infeliz! *El pasaporte para padecer sin fin.* Eso es estar ya de remate, Luisita: no es estraño aborrezca tanto, ni quiera oir palabra que huela á eternidad.

Luisa. O cosas que le acuerden la chamusca, como le dice mi madre. Es odio tal el que tiene por esto, por los buenos consejos que le está dando de continuo, y lo que le reprende sus estraños; pero todo es machacar en hierro frio: de que empieza á decirle alguna cosa, comienza él á silbar, agarra el baston, y tú que le viste. Cuando lo del cuchillo, no pareció en dos dias enteros; pero á fe que desde entonces no ha vuelto á tocar mas el punto ni molernos con semejantes machaqueñas: de aquello se alegró mi madre mas que todos.

Directora. Vaya, Luisita, que esa es una anéc-

dota muy particular, y sin mas que oirla, no podemos contener la risa.

Luisa. Tiene muchas cosas para reir y otras que nos hacen llorar. Ayer salió de aquí hecho un perro, diciendo que no enseñaban en la Amiga mas que beaterías, y que bien se conocia que eran beatas las maestras que la dirigian: señorita, crea vd. que es muy malo; abarrabado.

Maestra. ;Cómo si no supieran en México por qué la nombran así!

Directora. Sea lo que quiera, lo cierto es que ayer tuvimos un rato muy divertido con él, y muy satisfactorio para la Amiga: hoy será completa la satisfaccion si lo hace vd. del mismo modo en el punto que voy á tantearla, y que es el principal de todos los que deben evidenciarse. Diga vd., Luisita, ¿se atreve á hacerme ver con toda evidencia que nuestra santa religion es la única verdadera, como lo hizo vd. ayer en cuanto á la existencia de Dios y solucion de los argumentos que la propuse?

Luisa. Señorita, confiada en las instrucciones tan sólidas que tengo recibidas, y con la gracia de Dios, me parece quedará vd. completamente convencida, y tan satisfecha, como yo gustosa y contentísima de haberla complacido.

Directora. Vaya, pues, no perdamos tiempo. El medio ha de ser tan preciso y tan sin rodeos como el de ayer: contésteme vd. á cuanto la pregunte, y responda á las réplicas que la haga. ¿Qué religion profesa vd.?

Luisa. La religion cristiana, católica, apostólica romana.

Directora. ;Y por qué profesa vd. esa religion?

Luisa. Porque es la única verdadera en que puedo salvarme.

Directora. ¿Por qué la tiene vd. por la única verdadera en que puede salvarse?

Luisa. Porque así lo aseguró su divino autor, Jesucristo, que no puede engañarse ni engañarnos.

Directora. Es verdad que Jesucristo la fundó, y muchas veces dijo que fuera de ella no habia salvacion: semejante al arca de Noé, fuera de la cual todos perecieron. Pero hágame vd. ver que Jesucristo no se engañó á sí mismo ni nos pudo engañar en cuanto hizo, cuanto dijo, cuanto reveló sobre religion, gloria, inferno y demas misterios.

Luisa. Señorita, ¿lo creerá vd. con toda certeza, si la hago ver que era hombre y Dios verdadero?

Directora. Si me hace vd. ver con toda evi-

dencia que era hombre y era Dios, con toda certeza tendré que creer cuanto hizo y cuanto dijo; pero eso lo hallo mas dificultoso que lo que á vd. le parece.

Luisa. ¿Recibirá vd. por prueba evidente de su divinidad, hacerla ver que se cumplieron en su persona, vida, pasion, muerte y resurreccion cuantas profecías estaban hechas y señales estaban dadas de su divina mision por espacio de cuatro mil años antes?

Directora. Hija mia, si vd. me hiciera ver todo eso, y no lo creyera, mereceria el nombre de una loca, fátua ó testaruda, con quien no vale razon alguna y se niega á toda prueba.

Luisa. Pues siendo así, me parece ha de quedar vd. del todo convencida, en términos que nada tenga que replicarme, como ayer en las pruebas de la existencia de Dios.

Directora. Vamos cuanto antes, vamos, pues, estoy deseando oir á vd.

Luisa. ¿Puede vd. negar que nació Jesucristo cuando todo estaba en paz? ¿cuando el cetro de Judá estaba en un extraño, qual era Herodes?

Directora. No señora, no puede negarse.

Luisa. ¿Que nació cuando estaba en pié el segundo templo de Jerusalem, y al tiempo cabalito

que se cumplieron cuatrocientos noventa años desde que se reedificó?

Directora. Es verdad.

Luisa. ¿No es cierto que nació en Belen, que vinieron los Magos á adorarle con dones de oro, incienso y mirra, conducidos de una estrella de maravilloso resplandor y magnitud estraordinaria?

Directora. Cierto.

Luisa. ¿No es verdad que se llamó Jesus ó Manuel, es decir, Salvador ó Dios ya con nosotros? ¿No fué cierto, asimismo, la degollacion de los niños inocentes, de los que segun afirman, aun se conservan algunos enteritos, como el del Escorial?

Directora. Nadie lo niega.

Luisa. ¿No estuvo toda su vida sujeto á sus padres? ¿no fué en todo muy humilde, muy pobre, purísimo y de sufrimiento estraordinario? ¿no fué perseguido y maltratado de los judíos? ¿no entró en Jerusalem sobre un jumento con alabanzas del pueblo?

Directora. Ciertísimo.

Luisa. ¿No fué vendido por uno de los suyos en treinta dineros, que arrepentido, aunque no como debia, volvió á los judíos y con ellos compraron un pequeño terreno para sepultar los peregrinos? ¿no le insultaron y atormentaron con toda